



www.loqueleo.com/ec

© 2011, Edgar Allan García

© De esta edición:

2019, Santillana S. A.

De las Higueras 118 y Julio Arellano, Monteserrín

Teléfono: 335 0347

Quito, Ecuador

Víctor Emilio Estrada 626 y Ficus, Urdesa Central

Teléfono: 461 1460

Guayaquil, Ecuador

ISBN: 978-9942-19-347-6

Derechos de autor: 040357

Depósito legal: 004885

Impreso en Ecuador por Imprenta Mariscal

Primera edición en Santillana Ecuador: Julio 2011

Primera edición en Loqueleo Ecuador: Mayo 2016

Décima tercera impresión en Santillana Ecuador: Enero 2019

Editora: Annamari de Piérola

Ilustraciones: Roger Ycaza

Actividades: Marlon López

Corrección de estilo: María de los Ángeles Boada

Diagramación: Rocío Romero

Supervisión editorial: Sylvia Gómez

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso escrito previo de la editorial.

Fábulas vueltas a contar

Edgar Allan García



loqueleo



*Como siempre, para mis fabulosos
Saraluz, Juan, Solsiré y Alejandro.*

Índice

Muestra
promocional

Prohibida
su venta

© Santillana

La hormiga amiga y la cigarra guitarrera	11
La liebre y la tortuga	25
El león y el ratón	37
La gallina de los huevos de oro	47
La zorra y las uvas	59
El avestruz que (a veces) no decía ni chuz ni muz	69
El ratón campesino y el ratón de ciudad	77
La niña que vendía leche	89
Burradas	95
Trabaja, navaja	97
¡Qué caballo tan burro!	99

Sí se puede	101
Homenaje a doña Aleja Mora (también conocida como Mora Aleja)	103
Biografía	105
Cuaderno de actividades.....	107

La hormiga amiga y la cigarra guitarrera



La hormiga caminaba y andaba, subía y bajaba, trabajaba y trasubía, sudaba y resoplaba, toda la mañana, toda la tarde, hasta la noche. Apenas veía un granito de arroz, lo levantaba y lo llevaba al hormiguero. Apenas veía un trozo de caramelo, lo levantaba y lo llevaba al hormiguero. Apenas veía un pedazo de pastel, lo levantaba, se comía un poquito, y luego lo llevaba al hormiguero.

11

No paraba un momento y, si alguien la detenía para conversar, se justificaba:

—No tengo tiempo.

Y si alguien proponía:

—Vamos a tomarnos un vaso de agua.

Respondía:

—No tengo tiempo.

Y si alguien comentaba:

—Mira qué lindo atardecer.

Decía:

—No tengo tiempo.

12 Nunca tenía tiempo para otra cosa que no fuera caminar y andar, subir y bajar, trabajar y trasubir, sudar y resoplar.

—Oye, hormiga, vamos a cantar, a bailar, a pasear, a conversar...

—No tengo tiempo, no tengo tiempo, no tengo tiempo, puf, puf,

Y cuando llegaba la noche y por fin la hormiga se iba a la cama a descansar, empezaba el cri, cri, cri, el cra, cra, cri y el cri, cri, cra de la cigarra y su guitarra. La noche entera se llenaba de su música y el viento hacía que su canto volara, caracoleara, se enredara, saltara entre las ramas y las piedras del arroyo.



—Ay, esta cigarra —decía la hormiga—, otra vez cantando y tocando su guitarra. ¿Por qué no trabaja en vez de cantar? ¿Por qué no deja dormir?

14 Pero la cigarra no la escuchaba y seguía con su cri, cri, cri, con su cra, cra, cri y su cri, cri, cra.

Pasó el tiempo, y pasó no caminando sino volando, y empezó el frío del invierno. La hormiga estaba tan ocupada recogiendo ramitas, migajas y pepitas que ni siquiera sentía frío. La cigarra, en cambio, temblaba durante las noches, pese a que usaba gorro de lana de abeja y zapatos de cuero de mosca, porque para tocar su guitarra tenía que quitarse los guantes. Una madrugada, cayeron cop cop cop cop copitos de nieve y la pobre cigarra sintió que se iba a morir de frío.

Corrió, entonces, la cigarra hasta la casa de la hormiga y tocó a la puerta.

—¿Quién es? —preguntó la hormiga desde la mullida cama de hojitas de menta.

—So so so so... —contestó la cigarra.

—¿Quién es? —volvió a preguntar la hormiga.

—So so so so... —contestó la cigarra.

Curiosa por ver lo que pasaba, la hormiga se levantó y abrió la puerta. Ante ella apareció un fantasma. 15

—Huy —gritó—, un fantasma, ¡qué susto! Y cerró la puerta con seguro.

—So so so so... —dijo la cigarra nuevamente.

La hormiga volvió a abrir.

—So so so soy yo —dijo, por fin, la cigarra, tapándose con su guitarra.

—¿Qué haces aquí? —quiso saber la hormiga.

—Qui qui qui... —dijo la cigarra.

—¿Eres la cigarra o el gallo?